

UNIVERSIDAD NACIONAL DE ROSARIO

FACULTAD DE PSICOLOGIA



TRABAJO INTEGRADOR FINAL

El armado del cuerpo. Un ensayo para pensarlo en el autismo y la
psicosis infantil.

Autora: Scotti, Rocío Micaela

Legajo: S-5135/7

Docente responsable: Araoz Mónica

-2018-

INDICE

Resumen -----	2
Palabras claves -----	2
Introducción -----	3
Una primera aproximación. Imagen del cuerpo y esquema corporal -----	8
Experiencia del espejo: momento fundamental en la constitución subjetiva ----	14
A modo de cierre -----	25
Referencias bibliográficas -----	28

RESUMEN

A partir de una escena extraída mis Prácticas Profesionales Supervisadas, en el presente ensayo se abordará un interrogante fundamental sobre el cuerpo, la posibilidad de su apropiación y uso. Para esto se recorrerán conceptos tales como la imagen del cuerpo y el esquema corporal, tomados de la autora Franciose Dolto, así como también el estadio del espejo conceptualizado por Jacques Lacan.

Además, intentaremos abordar cómo estos conceptos se anudan en los modos de constitución subjetiva de aquellos niños que parecen estar estructurándose en el campo de la psicosis y el autismo infantil.

La relación al cuerpo nos guía y oficia como brújula que nos orienta en torno a los avatares de la subjetivación, por lo tanto, nos parece pertinente poder trabajar esta cuestión.

PALABRAS CLAVE: cuerpo – imagen del cuerpo – esquema corporal – autismo – psicosis infantil.

Introducción

El presente ensayo intenta articular una experiencia que a lo largo del recorrido por mis Prácticas Profesionales Supervisadas ha marcado un interrogante fundamental. Durante la concurrencia a un Centro Educativo Terapéutico al cual asisten niños con dificultades severas en su constitución subjetiva, me encontré con Pedro, un niño cuyo cuerpo aparece desarticulado, siempre tendido en un rincón, torpe, un cuerpo que se presenta como totalmente ajeno a él. Un día sin que mediara, aparentemente, registro del entorno, Pedro ingresó de manera brusca, irrumpiendo en el salón aledaño, abriendo la puerta con su panza. A partir de esta escena surgieron las siguientes preguntas: ¿qué pasó allí?, ¿por qué Pedro no utilizó las manos como una herramienta que le permitiera abrir la puerta y entrar al salón contiguo? Entonces, podemos arriesgar que la utilización de la mano como un instrumento no es algo dado de antemano, sino que es un movimiento a construir, y así objetar la concepción científica que entiende al cuerpo como un todo acabado. Por lo tanto, ¿qué sucede en Pedro y en los niños que parecen estar estructurándose en el campo de la psicosis para que hagan este uso tan particular de su cuerpo?, pero aún algo más ¿hay un cuerpo allí, tal como lo entendemos desde el psicoanálisis?, ¿qué es tener un cuerpo y usarlo?

La clínica del autismo y la psicosis infantil nos enfrenta a los avatares a los que está librado un sujeto, a la complejidad del proceso de construcción del cuerpo y sus fracasos, entre otros.

Interrogarnos por el cuerpo supone, siguiendo las palabras de García (2017), una dificultad conceptual que nos lleva rápidamente hacia un reduccionismo de tipo biologicista, con el afán de obtener una respuesta acabada. Podemos decir que hay tantos cuerpos como formas de nombrarlos, es decir, todo intento de definir

teóricamente al cuerpo, de forma completa, no es más que una pretensión sesgada por alguna de sus potencialidades, implica una puntualización sobre el cuerpo de las pasiones, el cuerpo del lenguaje, etc., culminando siempre con la fragmentación del mismo. Sin embargo, “el cuerpo nunca es acabado, siempre implica un movimiento, una reconquista” (García, 2017, p. 43).

En el diccionario de la Real Academia Española encontramos que el cuerpo hace referencia a aquello que tiene extensión limitada, que es perceptible por los sentidos. El cuerpo humano es la estructura física y material del ser humano, alude a un conjunto de órganos cuyo funcionamiento conjunto constituye al ser vivo.

Si tomáramos esta concepción biologicista, podríamos pensar que por el sólo hecho de caminar, realizar distintas acciones, manipular objetos, tenemos un cuerpo, somos portadores de un cuerpo, entendiendo este “tener” como un poder hacer algo con lo que se tiene. No obstante, la experiencia da indicios de que no es pertinente aseverar tal afirmación, ya que en determinados modos de constitución subjetiva puede verse que algo que debería ocurrir no ocurre.

En relación con esto Leibson (2017) afirma que: “lo que se reitera es la sorpresa cuando nos encontramos con niños y niñas que parecen no manejar un cuerpo que, sin embargo, está ahí. A veces, incluso, parecen no tenerlo en absoluto. Como si les fuera ajeno, impropio o, más aún, casi inexistente” (p. 70). Por lo tanto, ¿qué cuerpo para estos niños y niñas?

Desde el psicoanálisis, tal y como la experiencia nos demuestra, nos encontramos con marcadas diferencias respecto a aquellas concepciones derivadas de la ciencia. Para dar cuenta de ello realizaremos un recorte sobre algunas concepciones que nos resultan importantes.

En primer lugar, Freud (1895) al describir la vivencia de satisfacción, en los inicios de su producción teórica, refuta la idea del cuerpo como un todo acabado, y refiere que “el organismo humano es al comienzo incapaz de llevar a cabo la acción específica” (p.362) que le permita poner fin a las alteraciones internas del organismo, por lo que la cancelación del conjunto de estas inervaciones internas que provocan en el cuerpo el desprendimiento de energía, sobreviene mediante lo que él denominó ‘auxilio ajeno’, por medio del cual un individuo experimentado advierte el estado del niño, interpreta, pone palabras a ese berreo, inervación muscular, etc., cancelando el estímulo. Y sostiene: “el inicial desvalimiento del ser humano es la fuente primordial de todos los motivos morales” (p. 363). Esta experiencia tiene las más hondas consecuencias para el desarrollo de las funciones del individuo. Podríamos decir entonces que sin este auxilio ajeno, que Lacan referirá como Otro, el narcisismo del niño no se produce o se ve dificultado, necesita la presencia del individuo experimentado que libidinice sus zonas erógenas a través del cuidado fundamental en esos primeros momentos de constitución. Así, uno de los aportes más importantes en la obra freudiana es el descubrimiento, a partir de ciertos fenómenos que escapaban a la conciencia, de un cuerpo esquivo a las leyes anatómicas.

En 1905, en *Tres ensayos de una teoría sexual*, invita a pensar un cuerpo pulsional, pulsiones que en la sexualidad infantil son parciales, intentando cada una conseguir placer por su cuenta, enteramente desconectadas entre sí, dando lugar a un cuerpo pulsional fragmentado.

En 1914, introduce al narcisismo para especificar la articulación entre cuerpo propio y yo, en tanto que este cuerpo puede ser tomado como objeto e investido libidinalmente. Es un supuesto freudiano, que una unidad comparable al yo no esté

presente desde un comienzo. Partiendo de las pulsiones autoeróticas primordiales como formas tempranas de la libido, Freud ubica la necesidad de una “nueva acción psíquica” para que se constituya el yo.

Lacan (1953), por su parte, sostiene que desde la ciencia, se trabaja a partir del cuerpo entendido como una totalidad; así, tal como si fueran planetas se propone redondear al yo.

Una articulación posible puede ser pensada en el terreno de la psicomotricidad, disciplina que articula la mecánica del cuerpo al campo del lenguaje, Esteban Levin (1991) sostiene que el cuerpo neuroanatómico, el tono muscular, los brazos, los ojos, es decir, todos los órganos, componentes y sistemas del cuerpo se encuentran tomados por el lenguaje, una estructura que subvierte y modifica el equilibrio homeostático del cuerpo. Así, a partir de la impresión de las huellas y marcas del lenguaje, “el cuerpo pasa a residir no sólo como un conjunto de músculos y nervios, sino también como una posición inscripta por el deseo del Otro en la cultura” (p. 12). El lenguaje atraviesa el cuerpo, lo transgrede y trasciende, hasta hacerlo existir fuera de su pura sensación carnal. Luego de su paso por el lenguaje una vivencia corporal, dejará de ser sólo vivencia-cuerpo; y afirma: “el cuerpo no es el organismo, y dialécticamente el organismo biológico no es el cuerpo” (p. 12).

Si bien la clínica de la psicomotricidad se ocupa de las posturas, los gestos, el tono muscular, reconoce que no se trata sólo de eso, sino también de la significación determinada por el deseo del Otro que pulsionaliza ese cuerpo, introduciéndolo en el mito familiar; es decir, no desconoce ese cuerpo erógeno, pulsional, del que tanto se ocuparon Freud y Lacan de descifrar.

Al ser captados por el lenguaje, prosigue Levin, los seres humanos ya no somos puro cuerpo, sino que el ingreso al universo simbólico nos permite tenerlo, es decir, ser sujetos con un cuerpo. Por lo tanto, “si el cuerpo es algo que el sujeto tendrá que tener y conquistar, es que el sujeto no es lo mismo que su cuerpo, y por eso puede jugar a tenerlo” (p. 45). Esta apropiación del cuerpo no será sin un arduo trabajo de descubrimientos y conquistas, donde el niño pasará primero de una dispersión corporal efectuada y producida por el lenguaje, a una apropiación del cuerpo imaginario especular, y luego a una apropiación simbólica. Por efecto del lenguaje, un sujeto puede decir que tiene un cuerpo, que lo percibió, sintió, vivenció, etc.

Por lo tanto, el psicoanálisis en la enseñanza de Freud y Lacan nos deja ver que el cuerpo no es primario, que no se nace con un cuerpo. “Dicho de otra forma, el cuerpo es una realidad, pero en el sentido de que la realidad, después de Freud, tiene un estatuto subordinado: es algo que se construye, es secundario” (Soler, 2010, p.1).

No podemos concebir a un sujeto sin un cuerpo. Por lo que de aquí deriva la importancia de la presente temática, ya que será de acuerdo a la concepción de cuerpo que cada cual se plantee, siguiendo a García (2017), desde donde se va a pensar la clínica.

Podemos decir que un cuerpo es lo que se dice del cuerpo, lo que se piensa, lo que se siente de él, lo que se dice que se siente; y, fundamentalmente, “un cuerpo se constituye en la relación entre sus propios elementos, pero también con el universo circundante” (García, 2017, p. 50).

Introduciremos otras conceptualizaciones que permitan articular tales afirmaciones.

Una primera aproximación. Imagen del cuerpo y esquema corporal

A lo largo del recorrido por distintos autores que se han dedicado al trabajo del cuerpo, la teorización de Françoise Dolto nos resulta pertinente para echar luz sobre esto.

La autora distingue entre dos conceptos que resultan fundamentales para abordar esta problemática, a saber: imagen del cuerpo y esquema corporal. Esta diferenciación deviene en ella luego de observar distintos casos de niños sanos en cuanto a su esquema corporal, pero cuyo funcionamiento estaba recargado por imágenes del cuerpo que denomina patógenas. Al respecto afirma que:

La herramienta, el cuerpo, o, mejor dicho, el mediador organizado entre el sujeto y el mundo, si cabe expresarse así, se hallaba potencialmente en buen estado, desprovisto de lesiones; pero su utilización funcional adaptada al consciente del sujeto estaba impedida. La utilización adecuada de su esquema corporal se hallaba anulada, obturada por una libido que se había enlazado a una imagen del cuerpo inapropiada, arcaica o incestuosa. (Dolto, 2015, p. 17).

El esquema corporal es una realidad de hecho, en la medida en que corresponde a nuestro vivir carnal al contacto con el mundo físico. Las experiencias que tengamos de la realidad van a depender de la integridad de nuestro organismo, o de sus lesiones, sean estas neurológicas, musculares, óseas. Afecciones orgánicas precoces padecidas por el sujeto pueden provocar trastornos del esquema corporal, y a su vez, estos trastornos pueden acarrear modificaciones pasajeras o definitivas de la

imagen del cuerpo, producto de la falta o interrupción de las relaciones del lenguaje. En el caso de que el niño se vea afectado por una invalidez, esto debe serle explicitado, y asimismo tendrá que poder, con el lenguaje mímico y la palabra, expresar y fantasmaticar sus deseos, sean estos realizables o no, según su esquema corporal afectado. También puede suceder, empero, que coexistan en un mismo sujeto un esquema corporal invalidado y una imagen del cuerpo sana, por ejemplo: un niño nacido sin miembros inferiores o superiores, desde ya que poseerá un esquema corporal lisiado, no obstante, su imagen del cuerpo puede ser completamente sana permitiendo un lenguaje de comunicaciones tan completas para él como las de un sujeto no afectado.

Ahora bien, un sujeto puede no haber estructurado su imagen del cuerpo en el transcurso del desarrollo de su esquema corporal, como consecuencia de lesiones, enfermedades orgánicas o musculares, secuelas de accidentes obstétricos, etc. Pero la autora formula la hipótesis de que esta no estructuración de la imagen del cuerpo se debe en gran parte al hecho de que la instancia tutelar, que podríamos denominar el Otro, desorientada por no obtener las respuestas habituales de un niño de esa edad, no intenta comunicarse con él más que mediante un cuerpo a cuerpo dirigido sólo a satisfacer sus necesidades, abandonando su humanización.

El esquema corporal hace referencia al sujeto como parte de una especie, como representante de la misma. Consiste en el intérprete activo o pasivo de la imagen del cuerpo, ya que permite la objetivación de una intersubjetividad, de una relación libidinal fundada en el lenguaje, relación con los otros, relación que sin el soporte que él representa sería un fantasma no comunicable. En tanto, entonces que el esquema corporal es el mismo para todos los miembros de la especie humana, la imagen del

cuerpo será, por el contrario, aquella que es propia de cada uno, encontrándose ligada al sujeto y a su historia.

Podemos decir, junto a la autora, que mientras el esquema corporal es en parte inconsciente, pero también preconscious y consciente, la imagen del cuerpo es enteramente inconsciente, pudiéndose tornar consciente sólo cuando se asocia al lenguaje. En su obra *La imagen inconsciente del cuerpo* sostiene:

La imagen del cuerpo es la síntesis viva de nuestras experiencias emocionales: interhumanas, repetitivamente vividas a través de las sensaciones erógenas electivas, arcaicas o actuales. Se la puede considerar como la encarnación simbólica inconsciente del sujeto deseante y ello, antes inclusive de que el individuo en cuestión sea capaz de designarse por el pronombre Yo, antes de que sepa decir Yo. (p. 21)

Será gracias a nuestra imagen del cuerpo portada por y entrecruzada con nuestro esquema corporal, que podemos entrar en comunicación con el otro.

El esquema corporal se estructura mediante el aprendizaje y la experiencia, puede desarrollarse hasta en condiciones de desamparo afectivo, mientras que la imagen del cuerpo se estructura mediante la comunicación entre sujetos y la huella memorizada del gozar frustrado, coartado o prohibido. Por lo tanto ella se refiere exclusivamente a lo imaginario, a una intersubjetividad imaginaria marcada por la dimensión simbólica.

La autora plantea que el esquema corporal hace referencia al cuerpo actual en el espacio a la experiencia inmediata, puede ser independiente del lenguaje. Mientras

que la imagen del cuerpo refiere al sujeto del deseo a su gozar, mediatizado por el lenguaje memorizado de la comunicación entre sujetos, y puede hacerse independiente del esquema corporal. Se trata de una imagen que es siempre inconsciente.

La imagen del cuerpo depende para desarrollarse de una relación afectiva, se estructura, como dijimos anteriormente, en la relación intersubjetiva, por lo que cualquier interrupción de esta relación, de esta comunicación, puede tener efectos dramáticos. Al respecto la autora menciona que:

Un ser humano que no presenta anomalías neuromusculares o neurovegetativas, puede haberse encontrado con la imposibilidad de estructurar su primera imagen del cuerpo e incluso de sostener su narcisismo fundamental. Basta con que haya padecido rupturas dañinas del lazo precoz con su madre, sea en el curso de la vida fetal simbiótica, sea en el de su vida de lactante, periodo en que el equilibrio de la díada madre-hijo es esencial para su devenir humano. (Dolto, 2015, p.167).

Podemos decir así, que el vivir sin esa articulación a la imagen del cuerpo implica un vivir solitario, silencioso, narcisísticamente insensible. Así es como el sujeto autista o psicótico permanece cautivo de una imagen incomunicable, sin placer ni sufrimiento.

La autora entiende que la imagen del cuerpo no es un dato anatómico natural, sino que se elabora en la historia misma del sujeto. Es la huella estructural de la

historia emocional del ser humano, es el lugar inconsciente donde se elabora toda expresión del sujeto, lugar de emisión y recepción de las emociones humanas.

Este punto de la construcción de la imagen inconsciente del cuerpo nos permite pensar, la cuestión del cuerpo en el autismo y la psicosis infantil. Es allí donde podemos articular la experiencia del estadio del espejo, experiencia que consiste en un momento narcisístico, que le permite al sujeto la integración motriz.

La imagen del cuerpo se ha elaborado como una red de seguridad con la madre fundada en el lenguaje, red que personaliza las experiencias del niño, pero que no lo individualiza en cuanto a su cuerpo, porque los límites espaciales de sus percepciones aún son imprecisos: él es también su madre, su madre es también él. La individuación propia emana de la experiencia del espejo, que aporta la apariencia de otro desconocido, la imagen de un bebé como el sujeto ha visto otras en el espacio, pero que ignora como suya. No obstante, y aquí se sitúa el punto más importante, si no hay nadie cerca del niño en esta experiencia se corre el riesgo de que su imagen del cuerpo desaparezca, en tanto que la imagen cobra sentido de experiencia sólo por la presencia, al lado del niño, de una persona con la cual su imagen del cuerpo y su esquema corporal se reconocen, al mismo tiempo que el niño reconoce a ese Otro. Es decir, el niño ve desdoblado en el espejo lo que él percibe de ella a su lado, y puede entonces avalar la imagen como la suya propia, pues esta imagen le muestra, al lado de la suya, la del otro.

Podemos decir también, que esta imagen es alienante, si no hay en el espacio, una persona conocida por el niño y que con él, frente al espejo, le muestre que también ella responde a estas mismas curiosas condiciones de reflexión sobre el espejo.

Antes de la experiencia del espejo era el esquema corporal de la madre el que daba sentido a las referencias de narcisismo primordial del niño y las sostenía. Será luego de dicha experiencia cuando la imagen del cuerpo del bebé da forma a su propio esquema corporal. “A partir de la experiencia del espejo, las cosas ya no serán como antes” (Dolto, 2015, p. 124). Hasta el momento de esta experiencia, el niño no había visto con sus propios ojos más que la cara anterior de su cuerpo, tórax, abdomen, miembros superiores e inferiores; había sentido los volúmenes de su cuerpo, relieves, cuello, espalda, por el contacto con las manos de su madre primero y luego por el contacto de las suyas con aquellas partes que pueden alcanzar, y por sensaciones de placer o dolor. No se conocía rostro ni expresividad propia, esto lo aprende sobre todo por el espejo. Sólo tras esta experiencia especular, el niño comienza en cierto modo a apropiarse de su propio cuerpo.

Sostenemos, junto con la autora, que una imagen del cuerpo constituida consiste en aquella que hace posible la comunicación interhumana, la manipulación lúdica y utilitaria de los objetos, asociada a cierta intencionalidad; es decir, una imagen del cuerpo que permite al niño desarrollarse, con un narcisismo bien instalado, dentro de la comunidad humana que él integra. Para que esto se produzca entonces, es importante remarcar que para todo bebé, la armonía con el adulto es coexistencial para su supervivencia, no sólo en cuanto a sus necesidades vitales ligadas a la supervivencia biológica, como la alimentación o el cuidado, sino fundamentalmente con respecto a su constitución subjetiva, y es que en definitiva no es lo uno sin lo otro.

Afirma además que “el niño psicótico es un verdadero tumor de la simbolización” (p. 174), en tanto se encuentra construido por una función simbólica que ha funcionado al vacío y sin ninguna posibilidad de relación con otro, ya que el ser

humano al que apuntaban las pulsiones del niño estaba ausente, o psíquicamente fuera de alcance para él, desde ese momento como solitario. Supone que las psicosis se van preparando sigilosamente en bebés donde puede observarse una ausencia de sonrisas, miradas, búsqueda de la madre por parte de él, un bebé pasivo, indiferente, al que nombra como tranquilo, que carece de expresiones.

Plantea también que ciertos niños parecen caer en el autismo, ante la contemplación de su imagen en el espejo, imagen de ellos mismos que no les aporta más que la dureza y el frío de un cristal, no encuentran a nadie: una imagen solamente.

He aquí donde pareciera ser que dicha conceptualización es un tanto insuficiente, y la cuestión va más allá de una imagen en el espejo, porque allí lo que se juega es algo más. Continuemos avanzando.

Experiencia del espejo: momento fundamental en la constitución subjetiva

Nos valemos de una afirmación que da cuenta de la utilidad del estadio del espejo. Lacan (1953) sostiene, en su retorno a Freud, que: “una unidad comparable al yo no existe en el origen, no está presente desde el comienzo en el individuo, y el yo debe desarrollarse” (p. 178). La unidad comparable al yo se constituye en un momento determinado de la historia del sujeto, a partir de la cual el yo empieza a adquirir sus funciones.

Lacan (2014) expone que el niño a una edad en la que aún se encuentra superado en su inteligencia instrumental por el chimpancé, reconoce ya sin embargo su imagen en el espejo. Lo describe como:

... un espectáculo impresionante de un lactante ante el espejo, que no tiene todavía dominio de la marcha, ni siquiera de la postura en pie, pero que, a pesar del estorbo de algún sostén humano o artificial, supera en un jubiloso ajeteo las trabas de ese apoyo para suspender su actitud en una postura más o menos inclinada, y conseguir, para fijarlo, un aspecto instantáneo de la imagen. (Lacan, 2014, p. 99-100).

El estadio del espejo debe ser comprendido como una identificación, es decir, como una transformación producida por el sujeto cuando asume una imagen. El hecho de que su imagen sea asumida jubilosamente por el niño sumido aún en la impotencia motriz y la dependencia de la lactancia, manifiesta la matriz simbólica en la que el yo se precipita de manera primordial antes de objetivarse en la identificación del otro y antes de que el lenguaje le restituya su función de sujeto. La imagen es asumida jubilosamente porque nos salva de la fragmentación.

La forma total del cuerpo, con la que el sujeto se adelanta en un espejismo a la maduración de su poder, le es dada como una Gestalt, como una forma que es más constituyente que constituida. Siguiendo estos postulados es que el autor expone que “el estadio del espejo es un drama cuyo empuje interno se precipita de la insuficiencia a la anticipación” (p. 102); le otorga al sujeto, a partir de una imagen fragmentada del cuerpo, una forma ortopédica de su totalidad. Es decir, el sujeto nace a partir de un inacabamiento motriz, que conlleva un no dominio real del cuerpo, y el estatuto del espejo le brindará la completud al cuerpo fragmentado, completud que en realidad no existe.

El yo, al mantener una relación asintótica con el sujeto, se presenta como una zona de desconocimiento respecto de la alienación fundamental, por lo que necesita del reconocimiento del otro. El yo no es autónomo, sostiene Lacan, sino que se constituye en la imagen en la que se va a alienar, imagen proveniente del afuera. Eso que nos unifica no proviene de uno, sino que ha sido formado por otro.

En 1953, en el *Seminario I*, vuelve a hacer alusión a esta experiencia y al respecto dice: “el estadio del espejo nos revela algunas relaciones del sujeto con su imagen” (p. 121). Sostiene que el dominio del yo se constituye por clivaje, es decir, por distinción respecto del mundo exterior, de aquello que por exclusión no pertenece al yo. “La imagen del cuerpo ofrece al sujeto la primera forma que le permite ubicar lo que es y lo que no es del yo” (p. 128). Es decir, el yo se constituye desde afuera por la exterioridad que el espejo captura y devuelve. El yo es la imagen de una imagen, la imagen virtual de una imagen real.

Ahora bien, para que esta experiencia se produzca Lacan remarca la importancia de la posición del ojo, es decir, que si éste no está ubicado donde los rayos se cruzan, dice, no se forma la imagen real en la experiencia del ramillete invertido. Podemos traducir esto, diciendo que el ojo es el símbolo del sujeto, entendiendo junto con el autor que, en la relación entre lo imaginario y lo real, y en la construcción del mundo que de esta relación resulta, todo depende de la situación del sujeto.

Barbarich (2014), por su parte, retoma esto y plantea que para que el cuerpo de un sujeto se constituya, es necesaria la presencia del Otro primordial, encargado de presentarle al niño su cuerpo, erogeneizándolo, devolviéndole una imagen unificada. El sujeto y su cuerpo advendrán determinados por la relación con el Otro, lo que Lacan explica a partir del estadio del espejo donde sostiene que el sujeto tiene acceso a su

propio cuerpo a partir de la mirada del Otro. La experiencia se constituye así: el niño frente al espejo se capta como totalidad, vuelve la cabeza hacia quien lo sostiene, el adulto, que representa al Otro, y ratifica el valor de esa imagen en tanto que ese Otro le devuelve el asentimiento de que ese que aparece en el espejo es él.

La autora entrelaza esta teorización de Lacan con una más avanzada en su producción que refiere a los registros y dice:

Para tener un cuerpo deben articularse los tres registros: Real, Simbólico e Imaginario. Sin la operación simbólica, el sujeto queda sin cuerpo, pues no se constituyen los bordes. Del cuerpo como agujero sin borde derivan agujeros en el cuerpo donde puede posarse la mirada. Así, resulta erigido el segundo plano mínimo para que advenga el cruce de miradas del estadio del espejo, el cual depende de la relación con el Otro que rige la gramática pulsional. (Barbarich, 2014, p. 112).

El Otro entendido como la instancia que, desde su mirada, organiza en el niño su autoimagen corporal y, desde su discurso recorta, en cada agujero del niño (ojo, boca), la sombra de un objeto inexistente que será incesantemente buscado.

Levin (2010) sostiene que cuando un niño nace tiene que transitar “un camino lleno de urgencias” (p. 48), y por este estado de necesidad e indefensión la dependencia al Otro es absoluta, de modo que los cuidados y la protección recibidos de él le permiten vivir y continuar su desarrollo. El recién nacido recibe sensaciones que son vividas por él como un verdadero caos sensorio-motor, donde todos los estímulos se encuentran mezclados entre sí. Aquí es donde el Otro (quien encarna la

función materna o paterna), toma esta experiencia sensorial del bebé para relacionarse con él. Este Otro torna familiar lo que no deja de ser caótico aún para el bebé. Afirma que:

Del magma sonoro e indiferenciado la voz materna reporta, reordena y orienta cada ruido como sonoridad, donde tanto el bebé como ella se reconocen en un espejo que no deja de hablar de lo que les pasa en una sutil gestualidad que traspasa el cuerpo. (p. 18).

El autor sostiene que el recién nacido se encuentra, por un lado, incapacitado para dar una respuesta debido a su inmadurez funcional, y por otro, que el cuerpo del bebé se encuentra fragmentado y escindido debido también al estado de prematuridad con el que nace. En este punto, la unificación de sus funciones devendrá entonces a través del campo del Otro, es decir, esta unificación y humanización de los diferentes fragmentos estará a cargo de ese Otro primordial para el niño, función materna o paterna, que le permitirá al niño comenzar a ordenar y diferenciar sus desplazamientos, sus necesidades, sus praxias, etc. Es importante aquí tener en cuenta que, el Otro tendrá que anticipar un sujeto cuando todavía no lo hay, y esto se logra decodificando y otorgando un sentido, comprendiendo e interpretando los movimientos del bebé como si fueran gestos que conllevan un decir, siempre interrogando al niño sobre lo que ha interpretado.

Afirmamos, junto con el autor, que para un niño no basta con existir en la imagen del cuerpo, sino que es preciso sentir y experimentar. El espejismo de la imagen del cuerpo se sustenta en el límite simbólico, el cual anuda lo real a una

superficie de representación. No obstante, ésta necesita del toque, del dolor, del placer, “para no ser sólo mirada e imagen” (p. 21), para tener la sensación de consistir en un cuerpo cuyo límite implica un contacto y la relación con el Otro y con lo otro, donde necesita reflejarse y construir el nos-otros.

El mundo del niño se construirá y estructurará a partir de una red de sensaciones, imágenes y palabras, donde la caricia del Otro, que Levin llama diálogo tónico, se transforman en una experiencia unificadora. De esta manera, las sensaciones experimentadas por el bebé en el contacto con el cuerpo materno, o quien cumpla con esta función, el rostro, la mirada, conforman los primeros espejos placenteros-displacenteros, donde la pura necesidad biológica se inserta en la intimidad del encuentro con el Otro y así se transforma.

Lo importante será que a partir de y por esta intensa relación piel a piel, la sensibilidad creada por el deseo del Otro moviliza en el niño el deseo de tocar, oler, mirar y sentir. El contacto con el Otro va más allá de la higiene y los cuidados que requiere un niño pequeño, se trata de que “la experiencia psicomotriz atraviesa la sensorialidad hasta hacerla existir como lazo de amor, a través del cual un sujeto se asienta en su cuerpo como imagen sensible que lo unifica” (Levin, 2010, p. 22).

Durante la infancia, la subjetividad tiene que realizarse como acontecimiento único, el Otro le presenta al niño el cuerpo y el mundo en un encuentro deseante que lo afecta y fuerza a ubicarse en otra posición respecto de lo corporal, a los otros y a las cosas. El mundo de los niños implica una dimensión escénica que se realiza y ejecuta en el espacio compartido del nosotros. En esta puesta en escena afectiva, activa, dramática, el niño produce subjetividad. “No hay relación posible del niño con su

cuerpo si ésta no está mediada por el deseo y por el cuerpo materno” (Levin, 2010, p. 50).

El niño siente que el cuerpo es suyo a través de lo que experimenta como propio. Esta sensación de propiedad, se produce a partir de la imagen del cuerpo, ya que sin ella, el sentimiento de lo propio pierde sentido y puede llegar a la indiferencia. Es así como la madre, o quien cumpla esa función, habla y toca al bebé, y es a través de la palabra y la caricia significativa donde ese cuerpo es nombrado como sujeto. El cuerpo materno adquiere un valor fundante para el infante, ya que se transforma en una fuente libidinal permanente al higienizarlo, moverlo, tocarlo, es decir, al unificar las diferentes funciones corporales y motrices que, de otra forma, quedarían fragmentadas y segmentadas en cada función.

Para que todo eso tenga lugar es importante que no sólo el niño se identifique con la madre y con el padre, si no que a su vez ellos se identifiquen con su hijo en la experiencia compartida del nos-otros. El autor ha llamado a esto la experiencia del doble-espejo “donde la madre funciona como espejo para ese hijo y el hijo funciona simbólicamente como espejo para esa madre siempre y cuando ella rescate, a partir de ese encuentro, lo infantil de su propia infancia para donarlo en ese acto” (p. 96).

Ahora bien, antes del nacimiento del niño ya hay un sujeto en juego, se comienza a jugar la constitución del sujeto. Ya hay un cuerpo de “hecho”, aquel que los padres se imaginan, hay deseos, palabras para este hijo que va a llegar, tiene un nombre, un lugar. Es decir, en el deseo de hijo, de tener un hijo, ya se empieza a jugar el futuro de este sujeto. Por lo tanto, “el cuerpo se construye, se constituye, a partir de una historia que comienza y se desarrolla sin que el niño pueda elegir nada de ella, está en su origen, lo constituye, lo hace humano” (1991, p. 47).

Por otro lado, el autor a lo largo de su producción teórica retoma los conceptos situados al comienzo, a saber, imagen del cuerpo y esquema corporal. Considera la imagen del cuerpo como la presentación imaginaria y simbólica del cuerpo, lo que posibilitará amarrar lo real de su problemática, aquello que constituye al sujeto deseante, constituida en el devenir histórico de la experiencia subjetiva, la imagen del cuerpo es singular, propia de cada sujeto, incomparable e inmedible, tornando así singular y propio al esquema; mientras que el esquema corporal es lo que uno puede decir o representarse del propio cuerpo, es del orden de lo evolutivo, de lo temporal, la construcción de la re-presentación de dicha imagen del cuerpo, es medible, comparable. Por lo tanto, no hay dudas de que las dificultades en la constitución de la imagen del cuerpo, tendrán sus respectivas consecuencias en la constitución del esquema corporal.

Llegado a este punto y teniendo en cuenta las conceptualizaciones abordadas, y la escena que ofició de disparador, ¿qué podemos decir del cuerpo en el autismo y la psicosis infantil?, ¿qué lugar para el Otro?, ¿y para el niño?

Brevemente, situaremos sobre qué concepción de psicosis y autismo infantil se sostiene este ensayo. Lacan (1969) plantea que para producir un niño psicótico hace falta al menos el trabajo de dos generaciones, ya que él mismo es el producto de la tercera. Es decir, para que un sujeto se constituya como tal, como sujeto del lenguaje, sujeto barrado, es necesario que en algún momento ocupe el lugar de ser todo para el Otro materno, pero también será necesario que pueda abandonar ese lugar, que la madre pueda dirigir su mirada a otros objetos, y así el niño pueda caer de ese lugar de ser todo para el Otro, y a su vez esto le permita buscar sus propios objetos. Ahora bien, para que el Otro materno pueda realizar este movimiento deberá estar situada de un

determinado modo en su posicionamiento femenino, que dependerá a su vez de las vicisitudes por las que haya atravesado en su Edipo. Así podemos pensar a qué hace referencia Lacan cuando menciona que se necesita de las tres generaciones.

Sostenemos que no se nace siendo sujeto, hacernos sujetos del significante requiere de todo un trabajo, trabajo que implica un conjunto de operaciones. Debemos redirigirnos aquí al concepto de indefensión, al desamparo original, tal cual lo planteara Freud, radical, al decir de Dujovne, con el que nace el cachorro humano, como aquella condición que posibilita que el Otro materno se ubique en el lugar de otro absoluto, aquel capaz de asistirlo, sostenerlo en esa inermidad. Pero, a su vez, para que la madre, o aquella persona que ocupe ese lugar, se ubique en el lugar de Otro absoluto es necesario que el estado de indefensión no sea permanente, que el bebé paulatinamente crezca y se independice, es decir, que la dependencia a la madre no sea absoluta.

Ahora bien, cuando este estado se eterniza, como puede ocurrir en niños con dificultades en su constitución orgánica, aunque no necesariamente, el Otro materno queda eternamente en el lugar de otro absoluto. No hay corrimiento, no hay caída. Podemos pensar entonces la psicosis como una de las posibles consecuencias de la eterna indefensión. “Para nacer en cuanto sujeto, es necesario que el niño tome cierta distancia del Otro” (Egge, 2008, p. 93).

En su *Seminario XI* Lacan nos brinda dos conceptos fundamentales para pensar esta operatoria, a saber, alienación y separación; se trata de un modelo topológico que divide el proceso en dos tiempos, dos modalidades de relación del ser humano con el Otro. La alienación es el proceso inevitable por medio del cual el yo se constituye, mediante la identificación con el semejante; el sujeto está alienado al discurso del

Otro, a los significantes del Otro, a los dichos del Otro. En la psicosis opera la alienación, pero no opera la separación, es decir, no hay desprendimiento del sujeto del objeto, no se llega a la extracción del objeto.

El niño autista, por su parte, es anterior no sólo a la operación separación, sino que es anterior a la operación de la alienación, quedando el niño del lado del ser. De este modo, el niño no adviene al sentido y da respuesta a esa relación con el Otro, con su ser. Queda ensimismado en él. Es por eso que no adquiere el sentido (que le vendría del Otro) y entonces hay rechazo fundamental de ese Otro. Si no entra en el sentido, no cede al significante, impide con ese rechazo al Otro, el ser afectado por el lenguaje. Por lo tanto no hay discurso, no hay sujeto que se haga cargo como agente de la palabra que porta. Collazo (2013) explica de esta manera que “el niño autista está por fuera del lazo social” (p. 45).

Así, tanto en la psicosis como en el autismo infantil, al quedar desarticulada la relación de los registros concebidos por Lacan, a saber, Imaginario, Simbólico y Real, la constitución de la imagen del cuerpo se vería dificultada. Entendiendo que lo simbólico oficia de límite de borde, borde que ordena, que indica adentro-afuera, que establece relaciones de espacio y de tiempo; por lo que a falta de esto, el sujeto queda sin cuerpo, sin imagen del cuerpo.

Entendemos, junto con Barbarich (2014), que estos niños se encontrarían en un primer tiempo de la constitución subjetiva, en el tiempo mítico. No han hecho el pasaje al estadio especular, que es el tiempo lógico que permite localizar de manera retroactiva los primeros montajes del aparato psíquico. “Lo que el niño autista nos da a ver con su profunda dificultad para mirar y ser mirado se relaciona con ese tropiezo en

el montaje de la condición previa y necesaria para el advenimiento del espejo” (p. 111).

Egge (2008), por su parte, supone que los movimientos estereotipados tan característicos del niño autista pueden leerse, como un tratamiento rítmico del propio cuerpo tomado como objeto, “un modo raro de localizar el goce, de cortarlo, un intento de vaciar el cuerpo del goce del que está invadido” (p.139). Se trata de una cuestión pulsional por el hecho de que las estereotipias van en aumento en los momentos de tensión o aburrimiento y se atenúan en los momentos de tranquilidad. El niño autista, sostiene el autor, trata a su cuerpo como Otro, no sólo en las estereotipias, sino también en los fenómenos como el congelamiento de los afectos: la ausencia de dolor físico y la ausencia de llanto, a indiferencia hacia la separación de la persona de referencia, etc. Esta consideración del cuerpo como objeto también vale para el cuerpo de su semejante, por ejemplo, el uso del brazo de un tallerista como “brazo estirado” en lugar de la demanda, para alcanzar un objeto ubicado demasiado alto.

luale (2017), plantea por su parte, un término que denomina ‘los usos del cuerpo’ haciendo referencia a aquel intento de estos niños de poder hacer con ese goce intrusivo, “aquellos fenómenos de cuerpo donde el niño no queda capturado por lo intrusivo del goce, sino que produce un cálculo, una maniobra con su cuerpo que da cuenta de un tratamiento particular de esa parasitación que la lengua introduce” (p.29). Es más, estos usos del cuerpo no son azarosos, sino que articulan una lógica de trabajo por parte del niño. Se trata de recursos que le posibilitan hacer algo con el cuerpo que portan, y signar el modo particular de relación al Otro.

La autora sostiene también, que hay un cuerpo en el autismo y que éste puede ser entendido sin poner el énfasis en lo alterado, perturbado, o en las operaciones que están en déficit. Se trata de fenómenos de regulación y desregulación de goce que, aunque no recurren al cifrado inconsciente, suponen una lógica de trabajo singular que permite ubicar la sujeción a ciertas trazas e inferir que el autista, cohabita con la lengua y que está afectado por ella.

En su obra *Detrás del espejo* denomina:

Cuerpo al efecto que el trauma de la lengua opera sobre el viviente, introduciendo una desregulación inédita para el organismo. El viviente perturbado por la lengua se pierde necesariamente como organismo, y deviene cuerpo parasitado por las trazas que el encuentro con la lengua introduce. Es, por lo tanto, una consecuencia del trauma y podrá o no devenir imaginario, por efecto de anudamiento entre simbólico, imaginario y real. [...] La lengua se entromete bajo la forma de la voz y la mirada, haciendo traza que fragmenta la unidad del viviente. Es una desregulación que podrá o no ser acotada. Una de las formas del acotamiento es el goce fálico que, como tal, queda por fuera del cuerpo, borrado y limitado. (Luque, 2011, p. 79).

A modo de cierre

La clínica de los cuerpos llega entonces donde la tradición científica no quisiera entrometerse. Es importante reconocer que desde la infancia, y desde una infancia tomada por el arrasamiento del Otro como vemos en el autismo y la psicosis infantil, todo está por plantearse. Más allá de ciertas aproximaciones que podamos inteligir, la infancia es tiempo de conquistas, del propio cuerpo, del lazo al Otro y del mundo en

general, por lo tanto, intentar dar soluciones y fórmulas acabadas en este campo no sería promisorio.

Levin (1991) sostiene otra forma de comprender al niño que en su cuerpo y en su motricidad da a ver su padecimiento, “donde lo psico de la motricidad no está ya dado por los hábitos, la memoria, los patrones de conducta [...], sino que se constituye e instala desde el lugar del Otro, del lenguaje, del significante” (p.13).

Como dijimos, el cachorro humano ingresa al mundo en un estado de prematuración, donde sus necesidades elementales no serán satisfechas sino a través de una mediación. La satisfacción de esta necesidad del orden biológico, se constituirá en soporte de una relación de otro orden. El cuerpo, más allá de lo biológico, se delineará en este encuentro con el Otro de los cuidados en donde, la asistencia adecuada de sus necesidades corporales más el plus dado por la seducción, irá delineando un cuerpo erótico, pulsional. De allí, el recorrido será hacia una unificación, siempre fallida, en donde el yo entre en escena.

Hablar del cuerpo implica, podríamos plantear, hablar de dos planos simultáneos, por un lado, la realidad anatómica que es límite de posibilidad y de significación de la segunda, la realidad erógena, la cual es quien otorga la dimensión de sentido a la primera.

De la concepción que sostengamos sobre el cuerpo y cómo es vivido por cada sujeto, devienen la ética, la intervención y la posición en la que nos ubiquemos al momento de intervenir.

Por último diremos retomando las palabras de Luale (2017), que la relación al cuerpo nos guía y oficia como brújula que nos orienta en torno a los avatares de la subjetivación. El cuerpo se lo tiene, puede soltarse, perderse, puede ser vivido como

ajeno, o puede que se lo idolatre. Cada uno se las arreglará con él como pueda y se sumergirá en la aventura de hacerse un cuerpo, a veces de modo incomprensible, a veces siendo un bólido, o un torbellino, donde lo importante es situar lo propio de cada niño, aquello que lo hace único e inimitable. Y será allí “donde a veces el cuerpo se detiene, o se vivifica, o nace la mirada, o surge un lazo más pacífico, más tolerable [...] donde leemos los efectos de nuestra práctica” (p. 40).

En conclusión, no podemos afirmar que las conceptualizaciones planteadas conformen un recorrido exhaustivo de la temática. Existen múltiples aristas que no han sido abordadas por exceder los límites del presente ensayo, lo cual no significa que carezcan de importancia, sino que son interrogantes que permanecen en suspenso para próximas investigaciones.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Collazo, C. (2013). Psicosis y autismo infantil. Conceptos fundamentales y problemas clínicos. Buenos Aires: Letra Viva.
- Dolto, F. (2015). La imagen inconsciente del cuerpo. Buenos Aires: Paidós.
- Dujovne, V. (1997). La psicosis en la infancia un abordaje posible. En Baraldi, C. Con o sin el padre. Rosario: Homo Sapiens.
- Dujovne, V. (2014). Para no remar en la arena. Psicosis y autismo en la infancia: una clínica institucional. Buenos Aires: Letra Viva.
- Egge, M. (2008). El tratamiento del niño autista. Madrid: Gredos.
- Freud, S. (1895). Proyecto de psicología. En Freud, S. Tomo I Obras completas. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1905). Tres ensayos de teoría sexual. En Freud, S. Tomo VII Obras completas. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1914). Introducción del narcisismo. En Freud, S. Tomo XIV Obras completas. Buenos Aires: Amorrortu.
- Iuale, L. (2011). Detrás del espejo. Buenos Aires: Letra Viva.
- Iuale, L., García, W. & Leibson, L. (2017). Hacer-se un cuerpo en el autismo y la psicosis infantil. Buenos Aires: Letra Viva.
- Lacan, J. (1953-1954). Seminario I: Lo escritos técnicos de Freud. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1954-1955). Seminario II: El yo en la teoría de Freud y en la teoría psicoanalítica. Buenos Aires: Paidós.

- Lacan, J. (1964). Seminario XI: Los cuatro concepto fundamentales del psicoanálisis. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1969). Discurso de clausura de las jornadas sobre la psicosis infantil. Barcelona.
- Lacan, J. (2014). Escritos I. Buenos Aires: Siglo Veintiuno.
- Levin, E. (1991). La clínica psicomotriz. El cuerpo en el lenguaje. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Levin, E. (2010). La experiencia de ser niño. Plasticidad simbólica. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Levin, E. (2012). Discapacidad, clínica y educación. Los niños del otro espejo. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Soler, C. (2010). El cuerpo en la enseñanza de Jacques Lacan.
- <http://dle.rae.es/?id=BamJ7kx>